MIGUEL ÁNGEL VEGA CERNUDA
Universidad de Alicante

El reto de la traducción de los clásicos.
Consideraciones de sociología literaria y traductiva

Los traductores y la literatura universal

El título de la mi ponencia enfrenta dos "clases" lógicas, dos conceptos de magnitudes muy distintas: "traducción" y "clásicos" están en una desproporción tal que casi podría parecer un despropósito ponerlos en relación. La desproporción que existe entre la extensión de las dos clases salta a la vista, si bien queda compensada por la hondura de uno de ellos: lo clásico. Si importante es la traducción como actividad de comunicación humana y de fecundación de lo propio con lo distinto, la traducción de los clásicos es quizás la expresión máxima y más fecunda de la actividad versora. Siendo los clásicos los maestros de la humanidad y la manifestación o revelación del universal espíritu humano, la traducción de sus obras tiene una fantástica función unificadora que transciende las determinaciones singulares de las lenguas, los pueblos y las culturas particulares. La traducción de los clásicos recompone la unidad pre-babélica y nos hace partícipes de los tesoros espirituales de las gentes de otras latitudes y otros tiempos. Decir que los clásicos traducidos forman lo que Goethe denominaba *Weltliteratur*, es decir, la biblioteca de la humanidad, puede resultar una perogrullada, pero en cuanto perogrullada encierra una gran verdad: somos, nos hacemos humanidad, género humano en la medida en que traducimos. Dicho a la inversa: los traductores contribuyen a la humanidad universal. Desde este punto de vista hay que entender el término "clásico", con la amplitud que proporciona la mirada a lo universal. La versión española del poema de *Gilgamesh*, por ejemplo, integra en nuestro acerbo cultural la visión -heroica- del mundo de un pueblo del que nos separan más de cuatro mil años y miles de kilómetros. La traducción de la epopeya maya *Popol Vuh*, realizada por un sacerdote de Chichicatenango en el siglo XVIII, nos manifiesta la concepción animista de una nación de la que nos separa todo el desarrollo de la civilización industrial y tecnológica. Precisamente los traductores son los promotores de la literatura universal y no solo porque lo diga Saramago, que lo ha dicho.

Pues bien, a pesar de que la Literatura Mundial la construyen los traductores, pocos son los profesionales que llegan a alcanzar una parte mínima de la proyección pública que obtienen los creadores. Naturalmente, pocas veces el traductor podrá equipararse en grandeza, artística, intelectual o humana a los grandes genios, pero algo de esa talla artística, intelectual o humana habría que reconocerle cuando logra una traducción cumplida. El que Ortega, en su célebre tratadillo *Miseria y esplendor de la traducción* nos llame *apocados*

La traducción de los clásicos. VEGA CERNUDA, Miguel A. El reto de la traducción ...
Centro Virtual Cervantes

ofende por lo que dice, aunque no por lo que quiere decir, opinión que implícitamente parece confirmar Cervantes por boca de Quijote:

> Y no por eso quiero inferir que no sea loable este ejercicio del traducir; porque en otras cosas peores se podría ocupar el hombre, y que menos provecho le trujesen.

En todo caso, ahí está esa aseveración como testimonio del escaso prestigio que nos concede la sociedad o, lo que es lo mismo, la historia. Y es que como condición indispensable para que la profesión recupere una consideración cultural mínima hay que empezar por hacer la historia de la traducción y rehacer la historia literaria. Faltan todavía las historias nacionales de la Traducción, una historia de la Literatura Traducida, ya que los traductores son los que hacen que las literaturas extranjeras se conviertan en nacionales y de esta manera en Literatura Universal.

El traductor no solo traduce a los clásicos, pero es en este ejercicio que le enfrenta a los grandes, donde el traductor puede adquirir la proyección universal, que en todo caso le exigirá actitudes -de respeto, de preparación, de conocimiento, de amor intelectual- que van más allá de las que al profesional normal se le exigen.

Lo que sigue es una pequeña aproximación al tema, que debe empezar socráticamente por la pregunta fundamental: ¿qué es lo clásico?

Breve fenomenología de lo clásico

No pretendo entrar en la discusión del término clásico, pues bajo ese epígrafe se engloba un sinfín de caracteres de difícil contorno e integración. Permítaseme, sin embargo, esbozar un breve perfil fenomenológico del concepto.

En primer lugar, es fácilmente constatable que el campo semántico del término "clásico" integra una connotación fundamental: la de su "canonicidad". Cuando a la genialidad intuitiva se añade la cuidada elaboración y la calidad de la expresión, valor que le está negado al epígono y, por supuesto, al hombre vulgar y corriente, entonces surge la categoría de lo "canónico" o "modélico", factor que convierte a un autor o a una obra en prototipos de humanidad o de estilo. La maestría explicita de la obra le da a esta una vigencia perenne.

Periférica, aunque no secundariamente, esta canonicidad comporta antigüedad o, en su caso, distancia, temporal y cualitativa, de la caduca actualidad, distanciamiento de la moda y de la convención, de entonces y de ahora. Es esa antigüedad acumulada la que permite comprobar cómo la obra, a medida que se aleja cronológicamente del presente y de sus mezquinas determinaciones históricas, no disminuye en significación. Incluso los modernos para convertirse en "clásicos modernos" necesitan, como la buena añada, la pátina del tiempo, una "buena crianza". Borges, que, por cierto, reflexionó sobre los clásicos, se va haciendo cada vez más clásico en la medida en que el tiempo que va trascurriendo nos hacen percibir su significación universal. Por el contrario, limitándome a la literatura alemana, el prestigio arrollador que tuvieron ciertos contemporáneos de los grandes de Weimar (un Kotzebue o un Musäus, p. e.), tributarios de la convención cultural del momento, se va perdiendo hoy en el olvido más absoluto en la medida en que sus códigos no logran superar los límites de su tiempo.

Un tercer dato en la fenomenología de lo clásico es la relación que la sociedad tiene a los textos que el sistema cultural considera canónicos: el respeto, el aprecio, la veneración intelectual. No es el respeto gratuito del que la moda se hace acreedora por mor de la estupidez de la especie. En la sociedad humana, lo que quiera mantenerse a flote por encima de

La traducción de los clásicos. VEGA CERNUDA, Miguel A. El reto de la traducción ...
Centro Virtual Cervantes

las olas con que la envidia quiere hacer desaparecer lo destacado y lo destacable, debe conseguirlo a fuerza de valores que descarga sobre los espíritus. Bien es verdad que esa relación es compleja y no siempre ni rectilínea ni progresiva. Las modas que en la apreciación de lo clásico ha experimentado el subsistema de la música clásica en épocas concretas, con alzas y depresiones de valores concretos -llámense Bach, Mahler o Brahms- demuestran lo impreciso de los valores. No hace falta recordar cómo, tras el prestigio gozado en vida por J. S. Bach, este tuvo que esperar a la labor recuperadora de Mendelsohn para que fuera rescatado del olvido un siglo después de su muerte. Es ahí donde el tiempo decanta los valores.

Añádase a esto que la clase que denominamos "lo clásico" es un "sistema de valores y personalidades" (=personas valoradas) por definición abierto y dinámico, en constante proceso de carga, admisión o pérdida de integrantes y valores del mismo y que puede sufrir ondulaciones y variaciones en la configuración de su canon. Pues bien, es al traductor precisamente, la personalidad cultural al que le corresponde esa tarea de integración de nuevos o viejos valores perennes, clásicos en ese sistema abierto, en ese panteón universal de la cultura literaria.

El variable sino de los clásicos: la traducción y la recepción entre la casualidad, la moda y el capricho

Ni la recepción de los clásicos ni su traducción han seguido una trayectoria rectilínea. Ni los objetos de la traducción (qué se ha traducido) ni la manera de traducir (cómo se ha traducido) han seguido criterios uniformes a lo largo de la historia. Los factores que han determinado lo que se traducía y cómo se traducía han variado constantemente. Una somera consideración de la deriva de los clásicos por la historia cultural pone de manifiesto esa precariedad de todo lo humano que también afecta a lo sagrado. Así, por ejemplo, ya el siglo XVIII francés abanderó una rebeldía contra la supuesta tiranía de los valores canónicos de la expresión literaria fijados en la Antigüedad: la célebre "querella de los antiguos y los modernos" ponía en entredicho el valor paradigmático de los primeros. Durante años el cuentista Perrault y el poetólogo Boileau se enzarzaron en una disputa que determinó en gran parte la cultura francesa del Gran Siglo. Como consecuencia de esa controvertida relación con los clásicos se produjo uno los capítulos más perfilados de la historia de la traducción: el célebre episodio de estética traductiva que la historia de la especialidad denomina "las bellas infieles". Los traductores franceses partidarios de esa infidelidad (Houdar de la Motte, Nicolas d´Ablancourt, abbée Prêvost) pretendieron hacer pasar el valor canónico de lo antiguo a través del tamiz de la propia sensibilidad lingüística y de la colectiva actualidad estilística. Solo estas eran las que, según ellos, podían dar nueva vigencia a lo antiguo, rehabilitándolo. Florian, sobrino de Voltaire y traductor del Quijote, se atrevía a poner en entredicho el valor absoluto de Cervantes, a quien, por lo demás, admiraba:

> Cervantes n' a pas toujours échappé au goût de son siècle, et celui de sa nation n' est pas en tout point ressemblant au nôtre[1]

Más tarde, en la Inglaterra de la primera industrialización, Francis Newman pretendió hacer llegar las obras homéricas a las masas de trabajadores ingleses traduciéndolas en versos de arte menor, es decir, en romances o baladas. También las vanguardias de principios

[1] *Œuvres Completes de Florian*. Tome cinquième. Leipsic: Fleischer, 1826, p. 8.

La traducción de los clásicos. VEGA CERNUDA, Miguel A. El reto de la traducción ...
Centro Virtual Cervantes

del siglo XX quisieron soltar las amarras de la cultura moderna, no tanto con la tradición cuanto con la clasicidad. A falta de mejores argumentos, Guillaume Apollinaire, autor que hoy en día es más una curiosidad que un valor de la moderna literatura universal -no puedo aventurar si en la crítica francesa tendrá mayor prestigio y vigencia-, pedía, con valor de manifiesto, rosas para Picasso o Cocteau mientras reservaba paladas de excrementos para Velázquez o Tiziano. En evidente contraste con esta tendencia de la vanguardia francesa, unos años después, un movimiento poético español, la generación del 27, reivindicaba el anclaje de su ideario estético en el barroco, es decir, en el pasado clásico y poco después de la toma del poder por la Revolución Rusa, el proyecto de culturización de las masas proletarias preveía ediciones masivas de la literatura universal, cuya gestión se encargó a Gorki.

Pero, por encima de lo que podemos considerar episodios chocantes de la historia cultural, cierto es que los clásicos son un valor perenne e incluso económico en nuestro sistema cultural. Velázquez o Manet, Dante o Shakespeare, Bach o Beethoven siguen siendo puntos de referencia de nuestra concepción del mundo, de nuestro estar en el mundo. Todavía Aristóteles, Dante, Leonardo, Cervantes, Goethe, Heidegger, Proust o Joyce, valores de la antigüedad o la modernidad, siguen siendo maestros perennes del pensamiento y las letras, la puerta por la que ingresamos al mundo de la literatura o el pensamiento. Al igual que los cuadros de Rafael o de Durero son objeto de inversión empresarial que elevan su cotización en las casas de subastas, también la edición de los clásicos constituye, no solo uno de los soportes fundamentales de la educación humanística y lingüística, sino también uno de los pilares de la industria del libro. El hecho de que en los veinte años que van de 1977 a 1997 se hayan hecho más de 200 ediciones del Quijote en todas las lenguas del mundo, indica que el libro de Cervantes es un hecho de comunicación social importante y un bien de consumo intelectual. No quisiera hacer el experto en un ámbito en el que soy absolutamente lego, el de la economía, pero sí aventurar un cálculo acerca del valor económico de los clásicos: Si el coste de producción de un libro como el Quijote puede rondar los dos millones de pesetas, cifra que en el beneficio se multiplica (un beneficio, obviamente, que no va al editor exclusivamente, sino que se distribuye también entre comerciales, almacenistas o libreros), solo la traducción del "quijote" habría generado, en esos veinte años en los que se han producido esas 200 ediciones, un movimiento financiero muy considerable. En los mismos años han sido unos 170 los "faustos" que se han editado en las lenguas del mundo. Si a ellos adjuntamos el valor de las ediciones del *Hamlet* de Shakespeare, de la *Divina Comedia* del Dante o la *Iliada* de Homero comprobaremos que la traducción de los clásicos mueven unas considerables cifras financieras que, por cierto y supuesto, deberían beneficiar de manera más decisiva al traductor.

Hoy en día, el desarrollo de la industria editorial, a medida que la masa social de los países occidentales ha ido accediendo a la cultura, ha hecho de los clásicos el pilar sobre el que se sostienen los resultados empresariales del ramo. Bien es verdad que la manipulación comercial de los clásicos no conlleva una multiplicación de las traducciones, pues con frecuencia se reutilizan o reciclan traducciones veteranas. Obviamente, la puesta en circulación comercial de las obras de los clásicos no supone su difusión o lectura, pues, como bien es sabido, los clásicos con frecuencia se utilizan como "fondo de librería", es decir, como elemento decorativo. En este contexto, y como ejemplo de una iconoclasta e inconsciente contestación de lo clásico, permítaseme recordar cómo hace unos años, un ministro español de ingrata memoria pedía, en un alarde de lo que podríamos denominar craso filisteísmo burgués, "más fútbol y menos latín" para nuestros escolares. Quizás producto de semejante manifiesto sean las generaciones de jóvenes que hoy en día alimentan las crónicas marcianas, los grandes hermanos o las operaciones triunfo. Uno parece escuchar una variación del célebre dicho: ¡Que lean ellos!

La traducción de los clásicos. VEGA CERNUDA, Miguel A. El reto de la traducción ...
Centro Virtual Cervantes

Es aquí, en la constatación y ponderación de estos datos donde se empiezan a vislumbrar problemas que van implícitos en nuestro trato con los clásicos, empezando, obviamente, por el de la traducción. Dada la justificada sacralidad que la convención cultural concede a los clásicos, es evidente que la traducción de un clásico, llámese Cervantes, Shakespeare, Goethe o Balzac, impone al traductor un trato con el texto bastante distinto que el que puede tener con el bestseller o el autor de segunda o tercera fila. ¿Qué dificultades supone el clásico a la hora de ser vertido? ¿qué actitud exige el texto canónico al traductor que se les acerca? ¿qué requisitos proponen al traductor la versión de los Nibelungos, de Hamlet o de Gargantúa?

La traducción de los clásicos: entre el respeto y el estudio como preceptos

De entrada y como aproximación inicial a un tema todavía inédito en los tratados de traductología, permítaseme decir que ante ellos hay que acercarse con el respeto a la palabra creadora que como un iconostasio ortodoxo oculta a la vista del vulgo profano los contenidos de la lengua, incluso la realidad del lenguaje o la maestría de la obra:

-Canta, oh musa, la cólera del pelida Aquiles",
-En un lugar de La Mancha de cuyo nombre no quiero acordarme",
-To be or not to be, that is the question",
-Im principio erat verbum et verbum erat apud Deum,
-Habe nun, ach, Philosophie, Juristerei, Medizin und leider auch Theologie,
-Nel mezo del camin della nostra vita

son universales fórmulas inamovibles que piden el respeto a la palabra, a su secuencia, a su concatenación. Desplazadas, traspuestas, desfocadas semánticamente, esas palabras no producirán el mismo efecto. Es la palabra, su ordenación, su cadencia la que en gran parte constituye la maestría de la obra, la universalidad del autor. Por eso, ante el texto clásico se impone aquella actitud de veneración que San Jerónimo manifestaba ante el texto sagrado, *ubi et verborum ordo misterium est.* Por eso, por el estudio de la palabra debe empezar tanto el estudio del crítico como la versión del traductor, que debe aceptar su tiranía como el arquitecto, al hora de planear sus edificios, debe empezar por calcular y respetar la capacidad de resistencia de los materiales.

Ese respeto no es tanto sometimiento a la literalidad o reproducción inconsciente de su tenor textual, cuanto búsqueda, no solo del sentido, sino de la "esencia de la forma" que la palabra no siempre entrega al lector precipitado o laico. ¿Acaso "lanza en astillero", "adarga antigua" o "duelos y quebrantos" son fórmulas transparentes que el hablante competente comprenda? Su significado, ¿no es portado por un significante cuyo ritmo interior hay, al menos, que investigar y ensayar so pena de fracasar, no solo en la elección semántica, sino en la rítmica del léxico. Una breve cala en las diversas traducciones (=interpretaciones) que estas expresiones, tomadas solo como ejemplo, han sufrido en las distintas lenguas europeas demuestran que no han sido igualmente felices. Por limitarnos a una de ella, "astillero", las versiones europeas varían entre *rastrelliera, râtelier* (armero), *Rauchfang* (chimenea), *Wand* (pared), *racò* (rincón), etc. Cualquiera diría que cada una de ellas ha tenido un original distinto.

La traducción de los clásicos. VEGA CERNUDA, Miguel A. El reto de la traducción ...
Centro Virtual Cervantes

Permítaseme ampliar la casuística: quien tuviera que verter el monólogo inicial del Fausto (*Habe nun, ach, Philosophie...*) debería percatarse del valor expresivo, emocional que aporta al período la posición de la exclamación *ach*, una palabra vacía, a la que su colocación dentro de la oración hace plena de expresividad. Quizás esa difícil recuperación de la esencia de la forma es la que ha impedido el que, por ejemplo, la *Epístola Moral a Fabio* (*Estos, Fabio, ay, dolor, que ves ahora...*) no haya experimentado todavía, según mis investigaciones, ninguna versión al alemán. Esa esencia de la forma barroca, con ese hipérbaton extremo del antecedente tras el consecuente, no será nada fácil de recuperar en un idioma tan reglado como el alemán en lo que a la colocación de las palabras en el periodo se refiere. Ante expresiones como esta, el traductor debe inclinarse y auscultar el misterio que Jerónimo de Estridón, según él mismo confesaba, buscaba en el orden de las palabras sagradas. Efectivamente, también los clásicos son parte de la revelación divina, una revelación que tiene en el poeta, es decir, en el vate, en el vaticinador, una de sus expresiones, una de sus vías. En la altísima elaboración estilística que el poeta da a su texto, Dios revela las esencias del lenguaje que, según Benjamin, solo se encuentra en la mente divina.

Que ese respeto a la textualidad original deba conjugarse con el respeto a la actualidad lingüística es precisamente otro de los escollos que no debe hacer naufragar al versor del texto clásico. Los problemas de diacronía, de especificidad cultural, de riqueza léxica, es decir, los problemas de recuperación de la historicidad del texto, tanto lingüística como referencial, suponen una serie de conocimientos lingüísticos, un estar versado en el mundo de referentes y conceptos -en parte pasados, en parte caducos, en parte perennes; en parte implícitos, en parte explícitos- que trascienden las capacidades y competencias de un traductor corriente. Es esa enorme pericia lingüística en la que lo diacrónico, no solo de la forma sino también de la semántica, juega un papel importante, la que llevará al traductor a discernir que, por ejemplo, el término alemán *Dirne*, hoy en día marcado por la más extrema negatividad (puta), en un texto medieval nos daría algo radicalmente distinto: muchacha. Su preparación cultural será la que le capacite para interpretar la complejidad del código de referentes, de reales del universo propio que el autor crea en la obra clásica. Ese saber será el que le llevara a discernir que el *Lazarett* de un texto de Jünger (=hospital militar) no puede equivaler al lazareto español (=sanatorio leprológico). Los *Edda*, p. e., situados comunicativamente en un contexto lejano y extraño que se pierde en la noche de los tiempos, presentarán grandes problemas de contextuación que la consulta en "google" obviamente no podrá solventar. Hace unos días, en una clase de traducción, un alumno encontraba dificultades a la hora de dar forma española a un texto del autor austriaco Hofmannstahl. El texto describía el tránsito directo y rápido de una columna militar austriaca por el Milán revolucionario de 1848. Nuestro novel traductor la hacía perderse por la bella ciudad italiana por culpa de la localización en el período de diversas referencias locales. Lo que en el texto original era la cabalgada desde Porta Venecia a Porta Ticinese, se convertía en un "constante entrar y salir" de Milán por esas mismas puertas.

La enseñanza de la traducción de los clásicos

Es en este contexto en el que hay que preguntarse: ¿qué preparación se da a los futuros traductores literarios en los actuales departamentos o facultades de traducción surgidos como hongos y *ex nihilo* en los últimos 10 años? Difícilmente los 30 créditos de que dispone, en el mejor de los casos, la traducción literaria en los planes de estudio de algunas universidades podrán capacitar para solventar los problemas filológicos que este tipo de textos pueda presentar. La supuesta especialización de los actuales alumnos en la traducción de

La traducción de los clásicos. VEGA CERNUDA, Miguel A. El reto de la traducción ...
Centro Virtual Cervantes

textos que la nueva teoría llama "informativos", la llamada traducción profesional, hace desesperar de que en el futuro nuestros egresados salgan al mercado de trabajo con la pericia necesaria para traducir a los clásicos. Si la traducción, según Wilss, es un proceso de toma de decisiones en el que la interacción entre el sistema cognitivo del traductor y las especificaciones de la tarea es determinante, ¿qué preparación les damos a la hora de integrar ambos extremos? Cualquiera puede constatar que muchos de ellos salen con una ignorancia astronómica en lo que a literatura se refiere. La falta de preparación en historia y teoría de la literatura solo es comparable con las ganas de ejercicio profesional de los futuros profesionales. Mientras no se consagre en la Universidad, como ya ha hecho en alguna universidad alemana, la especialidad de Traducción Literaria, y mientras los centros creados no la atiendan específicamente, serán las Facultades de Filología las encargadas de seguir enseñando esta actividad que deberían recuperar la traducción clásica como una de sus metas más primordiales. Bien es verdad que el pragmatismo del que hacen alarde nuestras autoridades eliminando de las facultades los perfil humanísticos, no sitúa al joven filólogo a la altura de las circunstancias. Es más, en muchas ocasiones, salen con una mejor preparación humanística los alumnos de las facultades de traducción que los de la filología.

Este tema nos conecta con otro de los retos socio-políticos de la traducción, el de la promoción, edición y traducción de clásicos que, siéndolo en sus lenguas originales, todavía no lo son en muchas lenguas y culturas ajenas. Si los clásicos son un factor de primer orden en la formación cultural de la sociedad; si, además, son señas de identidad de la cultura en cuya lengua escriben, cabe preguntarse si la traducción, edición y lectura de los clásicos reciben el suficiente apoyo oficial para que cumplan su función o más bien se abandonan a la actuación de lo que ahora se llama la sociedad civil, representada en este caso en la interacción de las editoriales y el público a través de la oferta y demanda editoriales; cabe preguntarse si se cuida la calidad de ambas, edición y traducción, como exige la presentación al público de textos que tienen un eminente valor formativo. Dejado a la iniciativa de la sociedad civil, el bestseller siempre tendrá más derecho social que el clásico, *El pájaro espino* que *Los mandarines*? ¿Es lícito dejar en la misma situación de competencia la última entrega de *Harry Potter* o *El señor de los anillos*, o *Los pilares de la tierra* de Ken Follet, apoyadas por la artillería mediática de una sociedad de la imagen, que la *Antígona* de Sófocles, el *Cid* de Corneille o *El cántaro roto* de Kleist? No demostraron una gran conciencia cultural, quizás sí política, las autoridades de la Generalitat catalana cuando, hace muy pocos años, protestaron por la no inclusión del catalán en la lista de lenguas que recibiría la traducción de la obra de Rowling. Más sentido habría tenido que lo hubieran hecho por la inexistencia en catalán de muchas obras clásicas de la literatura europea, pongo por caso el *Ulises* de Joyce o, sin ir más lejos, las obras de Pío Baroja, Antonio Machado o Valle Inclán, o incluso, del Quijote, que hasta hace pocos años, según noticias de prensa, no ha tenido su versión íntegra en catalán. ¿Es que los clásicos chinos, hindúes o japoneses se pasean por nuestras editoriales y quioscos como lo hace cualquier bodrio salido de la pluma de un autor americano de medio pelo que, por el hecho de ser americano tiene ya ganada la partida de la comercialización? Hay autores con los merecimientos de la universalidad que todavía no han recibido la sanción a través de la traducción. Solo unas menciones en el ámbito que lingüísticamente me concierne: En el de la literatura de lengua alemana, por ejemplo, faltan los clásicos austriacos Raimund, Nestroy, Grillparzer o Altenberg. Una de las más grandes obras de la literatura austriaca del siglo XX, *Los últimos días de la humanidad* de Karl Kraus, ha tenido que esperar a los años noventa para ser conocida en español, mientras que, por ejemplo, las obras de un escritor menor como Lernet-Holenia circulan ya hace tiempo en versiones de bolsillo y quiosco. La naturalización en España de las obras del clásico de la farsa vienesa Johann Nestroy bien

La traducción de los clásicos. VEGA CERNUDA, Miguel A. El reto de la traducción ...
Centro Virtual Cervantes

merecería una inversión oficial por parte de los respectivos gobiernos, el de la lengua y cultura de origen y el de la lengua y cultura de destino, para que, puestos previamente de acuerdo, se encargaran la edición y traducción al español de alguna de sus obras. En el ámbito de la lengua danesa faltan por presentar autores que nutren el ser cultural de la nación escandinava como son Ludwig Holberg, cuyo *Don Ranudo* podría ser de interés por las referencias hispanas, o el pastor Kaj Munk, que colocó una obra en la literatura internacional gracias a la labor del cineasta danés Dreyer: *Ordet*. De la literatura holandesa nuestra ignorancia es supina y de ella no nos salva el que se esté intentando recuperar al Zola holandés que, con el seudónimo de Multatuli, colocó en la literatura universal su *Max Havelaar*. Y esto solo por referirnos al entorno más inmediato.

Dicho de otra manera, en la traducción y fomento de las obras clásicas, ¿no deberían exigirse los mismos apoyos y financiaciones para la traducción de obras todavía inexistentes en el propio idioma que los que un estado realiza al comprar para las colecciones nacionales las obras de un pintor todavía inexistente en los fondos nacionales o la reconstrucción de un edificio público o en la promoción de exposiciones oficiales? El sistema de clásicos universales en español no puede ser un sistema abierto solo hacia el presente. Ese sistema de clásicos debe recuperar, al menos a prueba, valores pasados todavía inexistentes en él. Para lo cual, evidentemente, habría que contar con los apoyos oficiales. No nos cansaremos de recordar que, en los comienzos de la ya ganada democracia, el gobierno de turno decidió suprimir una benemérita empresa editorial de carácter oficial que podía haber desempeñado ese papel de compensación de las lagunas que el juego de los factores de la economía editorial (oferta y demanda) dejan sin llenar. La editora nacional, a pesar de su nombre que, por cierto ya se había ensayado en la Segunda República, cubrió un espacio que nunca después se ha logrado llenar.

De que eso es sea y siga siendo así tiene la culpa el acendrado provincianismo o regionalismo del que hacen gala las autoridades educativas de turno (y no me estoy refiriendo solo a España), que en vez de orientar la mente de los educandos a la percepción de una alteridad universal (también literaria), parecen variar el slogan "piensa globalmente, actúa localmente" conforme a sus criterios de ventajas políticas: Hoy en día ni en Andalucía, ni en Provenza, ni en Baviera, ni en Flandes o Florida el cosmopolitismo da votos. "Piensa y actúa localmente" parece ser lema del momento. Difícilmente hoy en día un universitario que no estudie filología italiana habrá tenido contacto, directo o traducido, con la *Divina Comedia* o *I promessi sposi*. Obviamente, si a lo largo de su formación no ha tenido la obligación de hacerlo, difícilmente lo harán por propia voluntad una vez acabada esta, a no ser que su condición femenina le aficione, por suerte, a la lectura. Hoy en día los clásicos parecen correr la misma suerte que esas celebraciones o festividades tradicionales que sirven de banderín de enganche para que las autoridades se engalanen y hagan manifiestos de obligado incumplimiento con ocasión de algo que no saben a ciencia cierta qué es. El día del libro, los premios Cervantes, los premios nacionales, los centenarios obligan a vestir galas en ministerios, universidades o ayuntamientos y a leer discursos que el negro de turno prepara. Algo así, como una festividad rociera.

Justo es recordar que editores y traductores estamos en el mismo barco, aunque unos de capitanes y otros de timoneles. Unos y otros difunden la cultura, si bien con distintos criterios: los primeros con el de la rentabilidad; los segundos con el del *amor intelectual* al que dan expresión traduciendo. Unos intentan la rentabilidad con traducciones preexistentes o inveteradas; otros desearían hacer sus propias versiones de los autores. ¿Es digno, justo y saludable fomentar y promover la retraducción de las obras del universal panteón literario para actualizarlas? La práctica editorial parece inclinarse más por la "reedición" más que por la "retraducción". La traducción del Quijote de Louis Viardot, cuñado de la célebre

La traducción de los clásicos. VEGA CERNUDA, Miguel A. El reto de la traducción ...
Centro Virtual Cervantes

cantante española Malibrán, sigue acaparando las ediciones de bolsillo francesas y solo las versiones de Schulman y Canavaggio en Francia parecen desplazar esta versión de más un siglo de vida editorial. Las *Máximas* de Gracián se presentan por enésima vez en la versión alemana de Schopenhauer. La retraducción no constituye todavía una tradición cultural a pesar de que ya los partidarios de las bellas infieles afirmaban que cada época necesitaba su traducción y de que muchos de ellos aludían al envejecimiento de las versiones realizadas hacía unos años. En 1750, es decir, en plena época de vigencia de las bellas infieles, Filleau de Saint- Martín advertía en el prefacio a su nueva edición del Quijote:

> Il y a longtemps qu'il a paru en France une Traduction de l' Histoire de Don Quichotte, composée en Espagnol par Michel de Cervantes; mais comme le langage est vieux, & que le Traducteur s'étoit entièrement ataché à l'Original, & l' avoit rendue mot pour mot, croyant sans doute que ce qui est bon dans une Langue, ne peut pas manquer de l' etre dans une autre, j'ai cru qu' on pouvoit entreprende une Traduction nouvelle.[2]

Bien es verdad que la retraducción, justo es reconocerlo, produce uno de los factores que diferencian la obra clásica original y la obra clásica traducida: mientras la primera, la obra original, tiene una textualidad única, la versión traducida de la misma tendrá tantas cuantas veces haya sido traducida. ¿Cuáles son los motivos por los que se retraducen las obras clásicas? Ya hemos visto que los teóricos franceses del XVII y XVIII proponían el envejecimiento del idioma en que estaban expresadas las versiones. Es este un achaque, sin embargo, que se puede hacer al texto original dentro del sistema del propio idioma. O al menos así se hace valer cuando, por ejemplo, un texto teatral del propio idioma de la época clásica se ve sometido a la adaptación de un experto, llámese Mendoza o Cela.

¿Ha sido siempre así? Es más que dudable. ¿Sería mejor que, en vez de que existieran veinte versiones españolas de las *Odas* de Horacio, existiera solo una y que solo en el caso de que las existencias de un autor fuera manifiestamente mejorables se echara mano de nuevo a la traducción? La cuestión tendrá sin duda respuestas para todos los gustos. Ya Humboldt se había percatado de que toda traducción es solo una aproximación al texto original y desde este punto de vista se puede aceptar la retraducción *ad infinitum,* a costa, por supuesto, de producir imágenes distorsionadas y, en ocasiones enriquecidas, de los clásicos. Efectivamente, la traducción, es bien sabido, siempre supone un fenómeno de entropía, pero también un mestizaje. Con ello, ¿gana o pierde la obra?. Son estas cuestiones que tendrán soluciones para todos los gustos. Pero cierto es que, sancionada por la práctica editorial y de consumo, la retraducción de los clásicos debería orientarse, organizarse. Quizás habría que hacer valer la actitud de las autoridades culturales francesas que, para sustituir las traducciones, quizás caducas, del Quijote (Viardot, por ejemplo), esponsorizaron de manera importante el trabajo de traducción encomendado a Aline Schulman.

A la inversa, la traducción debería constituirse en un criterio de canonicidad. Es indiscutible que un bestseller, Paolo Coelho, por ejemplo, se editará tantas veces cuantas lo permita la demanda del público, pero difícilmente, pasado su momento de vigencia, se pretenderá un *aggiornamento* de sus propuestas literarias, es decir una retraducción, por la falta de adaptación de las que en un primer momento se han hecho. Difícilmente las obras de Paolo Coelho experimentarán a lo largo de los próximos años diferentes versiones. La literatura de consumo, caduca por naturaleza, no producirá la insatisfacción de la versión.

* * *

[2] Graeber, W., *Französische Übersetzervorreden des 18. Jahrhunderts.* Frankfurt am Main: Lang, 1990, p. 31.

La traducción de los clásicos. VEGA CERNUDA, Miguel A. El reto de la traducción ...
Centro Virtual Cervantes

Estos y muchos otros cuestionamientos se podrían lanzar sobre el tema que aquí hemos propuesto: los clásicos como múltiple reto, reto a los editores, a los traductores, a los lectores, a las autoridades, como reto social. Ojalá que estos y otros apuntes que aquí se hagan muevan a una reflexión personal y social sobre un tema que todavía está por tratar. El Quijote y su implantación en la cultura occidental son un buen motivo.

La traducción de los clásicos. VEGA CERNUDA, Miguel A. El reto de la traducción ...
Centro Virtual Cervantes